

La ciudad es la organización física de la coexistencia

René SCHOONBRODT

Dr. en Sociología

RESUMEN: La ciudad resiste, es sostenible, si es el resultado, a la vez, de una impregnación del pasado y de un proyecto concebido y desarrollado democráticamente. Pero, ¿por qué hay que "salvar" la ciudad? Porque da acceso a la diversidad y es, por tanto, productora de una fuerza de negociación que se enriquece con solidaridades contractuales. Para dar su fruto, la ciudad debe ser querida como organización de la complejidad funcional en los edificios, en las manzanas y en los barrios. Debe vivirse también como un lugar de encuentro de la diversidad, basándose en una antropología que vea en el otro a un amigo más que un enemigo. Mas, para ser "sostenible", la ciudad debe ser también un actor del desarrollo de la riqueza.

Los coloquios y seminarios sobre el tema de la "ciudad sostenible" se multiplican en todas partes. ¿Por qué tantas actividades? ¿Acaso porque casi el 80 por ciento de la población europea vive en las ciudades? ¿Porque, después de decenios de críticas a la civilización urbana -a la que se ha cargado con todos los males-, se siente una especie de sobresalto ante la desaparición de las ciudades? ¿Porque, después de Beirut y Sarajevo, se comprende mejor que un ataque contra la ciudad es un

acto que destruye el alma misma de una sociedad? ¿Porque la contaminación en las ciudades se siente no sólo como un ataque contra los hombres y las piedras de hoy sino, más aún, contra las de mañana y las de siempre?

Hemos de felicitarnos, en todo caso, del interés dedicado a la ciudad después de años de condena por parte de moralistas, urbanistas y arquitectos. Y hemos de mirarla con optimismo, porque es la ciudad, con sus orígenes en los tiempos más remotos, la que

En este texto se recogen las líneas maestras de una conferencia pronunciada en Barcelona durante el coloquio

organizado sobre el tema ECOCIUTAT los días 14, 15 y 16 de abril de 1994. Traducción: Celer.

nos ha hecho demócratas, la que ha resistido a la Historia, la que tritura reinos e imperios, la que presenta menos accidentes graves que el tráfico por carretera.

La ciudad es un maravilloso ejemplo de "sostenibilidad"; su historia debe ayudarnos a definir las políticas de control de los efectos perversos de su crecimiento y de su producción.

En oposición a la actitud de generaciones de arquitectos, urbanistas y reformadores sociales que nos han enseñado a huir de la ciudad, intentemos desarrollar un proyecto de ciudad basado en las aportaciones de su historia, en su sociología y en el debate político, democrático y permanente, que debe definir su destino.

I. LAS OPORTUNIDADES DE LA NEGOCIACIÓN

La opción de dar continuidad a la historia urbana, de garantizar la permanencia de la ciudad, debe tener un fundamento distinto de la nostalgia. ¿Qué hace a la ciudad tan interesante? El simple hecho de su existencia no parece argumento suficiente. ¿Qué nos hace suponer que sea una realidad *necesaria*? ¿Para quién es necesaria, para el poder de quién? Y, al contrario, ¿no podemos considerar la posibilidad de desembarazarnos de esta herencia, que muestra cada vez con más frecuencia un rostro de miseria individual y colectiva, renovado con la crisis de nuestras economías?

¿Por qué necesita el hombre de la ciudad? ¿Qué le aporta ésta? La respuesta se encuentra maravillosamente expresada en el dicho alemán "Stadluft macht frei" (el aire de la ciudad hace libre). Veamos de cerca qué significa esta paradoja. En efecto, esta corta frase encierra una importante paradoja: ¿cómo una realidad hecha de piedras, de volúmenes, de trazados a veces seculares, de trayectos establecidos, de formas..., en resumen, cómo puede una estructura espacial y social producir la libertad? O incluso: ¿cómo se puede ser libre dentro de una estructura urbana?

Esta contradicción no sólo se plantea en el caso de la ciudad, sino también en el del

lenguaje. Aun sin llegar al profundo refinamiento de los análisis lingüísticos, todos sabemos que una lengua es una estructura portadora de normas sintácticas y gramaticales que es conveniente respetar para comunicarse con los demás. Por lo demás, ninguna regla gramatical nos impide exponer la tesis, defender la antítesis y llegar a la síntesis. Al contrario, la rigidez de la lengua es la que hace posible el discurso y que éste sea comprendido por los demás. La estructura gramatical y sintáctica permite el enunciado de una palabra libre, que es la característica del hombre. El contenido del discurso es cuestión de interés, de talento o de ética, o incluso de proyecto.

¿Cambian las cosas en relación con la ciudad? ¿Cuáles son los rasgos de la estructura urbana que nos permiten acceder a una palabra y una acción que puedan calificarse de libres?

Lo que ofrece la ciudad es, fundamentalmente, el acceso directo a la diversidad. Acceso directo, inmediato, sin intermediarios, sin recurrir a pesados y costosos medios de comunicación. En una especie de captación instantánea, la ciudad ofrece la realidad de la diversidad de los hombres y sus actividades. Diversidad hecha de hombres de status, origen, cultura, religión y proyectos diferentes. Diversidad de las actividades producidas y proyectadas. Todo ello accesible, al alcance de la mano. Esta diversidad permite comprender la diferencia entre uno mismo y los demás, dotarla de sentido en relación con proyectos que conducen o bien al repliegue sobre uno mismo -en cuyo caso se abomina de la ciudad, lugar de conflictos racistas en que el otro debe desaparecer o mantenerse aparte o bien a la revisión de uno mismo, al cambio de papel social, de status.

Así, el acceso a la diversidad que ofrece la ciudad -elemento estructural fundamental se convierte en condición para la capacidad de negociar. La ciudad es el lugar de la negociación de un status nuevo, del establecimiento de un nuevo contrato social. El sujeto urbano es aquel que, si quiere, puede romper, total o parcialmente, con el grupo de pertenencia de origen.

En este sentido, la ciudad no puede ser una comunidad, ya que esta última encierra a sus

miembros en su seno (los retiene), determina su status y funciones, y ejerce sobre ellos distintas formas de control social (por tanto, de repliegue sobre las normas del grupo). La relación nacida de la ciudad sólo puede ser una relación negociada, en la que el posible campo de control se limite al objeto de la relación. Se trata de una relación contractual.

Esta negociación puede apoyarse en las redes de relaciones de proximidad (como el vecindario o el barrio), pero la estructura urbana favorece más las relaciones particulares construidas sobre una base deslocalizada. La negociación urbana es protagonizada por el sujeto individual y colectivo que quiere adquirir un control sobre su entorno social, económico y cultural, que quiere resistirse a los efectos perversos del mercado y de las burocracias.

La idea central es la siguiente: la ciudad adquiere sentido porque da acceso a la diversidad y es, por tanto, productora de una capacidad de negociación, que se enriquece mediante solidaridades contractuales.

II. CONDICIONES URBANAS DE LA LIBERTAD

¿Qué condiciones debe reunir una ciudad para dar su fruto de libertad, de autodeterminación o de capacidad de iniciación por encima de sus limitaciones?

Es conveniente presentar aquí tres ámbitos:

- los objetivos de la urbanización
- la autonomía y el control de las decisiones
- la cultura urbana de la alteridad

Objetivos de la urbanización: la ciudad como coexistencia

Para producir sus efectos, la ciudad debe ser un espacio para la coexistencia: coexistencia de los hombres entre sí, coexistencia de sus actividades y coexistencia de los hombres y sus actividades. En la ciudad, hay de todo en todas partes, sin duda en distintas proporciones, pero la presencia

de cada elemento en el conjunto del territorio urbano es indispensable para poder hablar de ciudad. La ciudad es la organización de la coexistencia, y ésta es la condición de lo urbano. Tal coexistencia, que también puede denominarse mezcla o complejidad funcionales, es el principio organizativo de la ciudad. El trabajo del urbanista es permitir la eclosión de la coexistencia en cada edificio, en cada manzana y en cada barrio.

Desde hace decenios, urbanistas, planificadores, cargos públicos y habitantes favorecen un urbanismo de la separación funcional, práctica ya antigua que fue convertida en doctrina, entre otros, por la pluma de Le Corbusier. En todo caso, he de recordar que las prácticas segregativas de los hombres entre sí y de sus actividades se inspiran desde hace más de cincuenta años en la *Carta de Atenas*, que incluye dos artículos fundamentales cuya aplicación ha conducido a la muerte lenta de las ciudades, a un estado que hace temer, con razón, que no sean ya "sostenibles":

- en el artículo 77 se establece que "las claves del urbanismo se encuentran en las cuatro funciones: habitar, trabajar, recrearse (en las horas libres) y circular";

- en el artículo 78, más técnico, se reserva un territorio a cada una de estas funciones y se confía a los planes urbanísticos la misión de organizarlas: "En los planes se determinará la estructura de cada uno de los sectores asignados a las cuatro funciones clave y se establecerá su emplazamiento respectivo en el conjunto".

Los efectos perversos de estos modos de ordenación urbana, construidos sobre la base de una sociología falaz (Le Corbusier borró las diferencias entre las formas de habitar, que varían dependiendo de los medios sociales, etc.), son conocidos desde hace algunos decenios: segregación de los hombres y las actividades de producción y gestión, invisibilidad de los distintos grupos sociales entre sí, separados los unos de los otros por los mecanismos de la renta inmobiliaria, exclusión de los más pobres de los beneficios de la ciudad (y de sus equipamientos), demanda exacerbada de desplazamiento individual y, en consecuencia, contaminación atmosférica, embotellamiento de los espacios urbanos...

Tal reconocimiento, sin embargo, todavía no ha llevado a una modificación profunda de las prácticas urbanísticas: las resistencias de los cargos públicos, de los arquitectos, de los urbanistas, de los inversores inmobiliarios, de los habitantes... a las formas físicas de la coexistencia son enormes. Si se quiere una ciudad sostenible para que produzca sus efectos de libertad (y de liberación), habrá que emprender lo antes posible políticas voluntaristas en dos ejes:

- es conveniente recuperar una cultura de la planificación territorial centrada en la creación de la complejidad (de la densidad); es necesario desarrollar las condiciones técnicas y jurídicas de la cohabitación de funciones diferentes e incluso contradictorias para que se desarrolle la complejidad funcional.

Por tanto, deben emprenderse simultáneamente dos acciones complementarias: planificar la complejidad y controlar los efectos perjudiciales en el lugar en que se producen (en vez de trasladarlos a otra parte y hacer creer que se han resuelto los problemas de medio ambiente).

Autonomía y control de las decisiones

La cuestión que se plantea en esta fase concierne a la relación entre la forma urbana y los procesos de toma de decisiones. Los procesos actuales conducen de forma natural al desarrollo de un urbanismo funcionalista; esto significa, a mi modo de ver, que conducen directamente a una ciudad "no sostenible", entre otras cosas porque sucumbe a los efectos de la movilidad de las personas y los bienes. Los procesos de toma de decisiones deben experimentar, pues, una profunda evolución: por una parte, debe aumentar la autonomía política de las ciudades y, por otra, la participación de los habitantes en la toma de decisiones.

La ciudad será sostenible si es el espacio de un debate político permanente.

Evitaré teorizar sobre este punto, pero daré

algunas indicaciones basándome en la historia reciente de Bruselas. Esta ciudad ha sufrido una transformación radical desde principios del decenio de 1960; no examinaremos aquí sus causas, pero recordaremos que el neologismo "bruxelización" significa la destrucción pacífica pero radical de una ciudad. Al mismo tiempo, Bruselas está en el centro del debate sobre la transformación de un país unitario en un país federal. Esta realidad ha suscitado, con el paso del tiempo, una reacción cada vez más viva entre sus habitantes, que se han organizado en múltiples comités federados. La acción de estos comités se ha centrado en dos temas fundamentales: el control *previo* a la toma de decisiones administrativas y políticas todas las licencias de obra, el establecimiento de un poder político regional que goce de gran autonomía respecto del Estado belga.

La *demanda de un control* mayor de los habitantes sobre aquellas decisiones cuyas consecuencias les afectan directamente se fundamenta en la necesidad de reforzar el poder político con su presencia cotidiana de modo que los cargos públicos no se encuentren ya solos frente a los inversores (públicos o privados). El objetivo de los comités de habitantes no es asumir la responsabilidad política de los cargos públicos, sino informarles de las consecuencias de los proyectos presentados sobre la vitalidad urbana, medida en términos de "derecho a una vivienda urbana", "derecho a la calidad de vida en la ciudad", "derecho al trabajo en la ciudad"... El papel de los habitantes es puramente consultivo y, para desempeñarlo, tienen derecho a analizar los expedientes y a ser oídos por una comisión ad hoc. El procedimiento en su conjunto se denomina "concertación" y funciona sin interrupción desde 1979. En estos quince años de práctica de la "concertación" se ha asistido a una mejora progresiva del contenido de los proyectos, tanto desde el punto de vista urbanístico como arquitectónico.

Se han revisado incluso los procedimientos legales de la planificación, a fin de garantizar, antes de la toma de decisiones, una atenta escucha de los habitantes.

La ciudad es un actor que necesita autonomía.

Por otra parte, los habitantes de Bruselas estaban convencidos de que no se producirían progresos en la ordenación de la ciudad mientras no se restaurase, aunque fuera de una forma nueva, la antigua autonomía municipal, histórica en nuestros países. La adopción de una estructura federal en el país permitió dotar a Bruselas de un Consejo regional y un Gobierno que disponen de plena competencia en todas las cuestiones relacionadas con la organización, la gestión y la ordenación de la vida urbana. La región de Bruselas capital se ha convertido en un cuasi-Estado. Esta nueva institución, establecida en 1989, es decir muy recientemente, ha realizado ya un trabajo considerable, aunque es demasiado pronto para formular un juicio definitivo; el hecho de que la ciudad-región obtenga sus recursos del impuesto sobre la renta de las personas físicas ha modificado de forma radical la sensibilidad de los cargos públicos respecto a temas como la vivienda y la calidad de vida en la ciudad.

¿Qué enseñanzas generales pueden extraerse de la historia reciente de Bruselas?

En primer lugar, tras un período de adaptación, la colaboración entre los habitantes y los responsables políticos y administrativos ha permitido, indiscutiblemente, mejorar los proyectos de construcción, sin provocar una paralización de la actividad.

En esencia, y a un nivel de análisis más global, cabe preguntarse si la corriente que ha llevado a la recuperación de una especie de autonomía municipal -y que presenta un aspecto original, en la medida en que la época tiende más a la construcción de grandes imperios- no tiene una importancia europea. ¿No sería la ciudad un sólido punto de apoyo para la construcción europea y una buena escala para la aplicación del principio de subsidiariedad? ¿No constituye una realidad política y económica capaz, por su riqueza histórica, de asumir la

responsabilidad del desarrollo global de la población? ¿No está la ciudad mejor situada que otros niveles institucionales para exponer ante las instancias europeas los deseos y proyectos de sus habitantes? Para ello se ha constituido, por lo demás, la asociación de las "Eurociudades" y, más recientemente, el "Club de las ciudades sin coches" y el "Club de las ciudades sostenibles".

La construcción de la coexistencia, o su reconstrucción en una forma contemporánea, debe apoyarse, por tanto, en un cambio radical en los procesos de toma de decisiones, de modo que los habitantes sean cooperadores (al menos consultivos) de las autoridades locales, y las autoridades urbanas gocen de una amplia autonomía.

LA CULTURA URBANA DE LA ALTERIDAD

El temor a la heterogeneidad social y cultural puede destruir la urbanidad.

Ahora bien, el principio de organización física de la ciudad que hemos expuesto (complejidad social y complejidad funcional) no puede encontrar aplicación sin una "cultura de la coexistencia". He indicado anteriormente que el urbanismo funcionalista basado en la zonificación aísla los medios sociales entre sí y, en consecuencia, tanto la sociedad en su conjunto como los distintos medios sociales se hacen ajenos los unos a los otros. ¿Acaso no está más orientada la cultura dominante hacia el aislamiento del individuo y de la familia, conectados a redes cada vez más complejas (la domótica), que ciertamente prestan servicios pero sin que los otros estén ahí, presentes? El retroceso de la relación "personal" caracteriza sin duda este fin de siglo. Es cierto que las redes ofrecen una información de calidad con rapidez. Pero el otro está ausente.

Precisamente, el filósofo Jean-Paul Dollé se pregunta, en su libro *Fureurs de ville*, si la esencia de la civilización urbana no reside en el placer de encontrarse con el otro.

La huida ante el otro se convierte así en una de las causas más insuperables de la

huida de la ciudad y en el principal impedimento para su construcción como ciudad histórica y europea. Esto es tanto más peligroso cuanto que los flujos migratorios que modifican la demografía de las ciudades y hacen de ellas conjuntos heterogéneos en todos los planos (religioso, lingüístico, cultural, etc.) no están próximos a detenerse. O más exactamente, se están fijando en las ciudades, bien en el núcleo antiguo, bien en los barrios periféricos, a menudo construidos a partir del modelo de la torre o la barra. La imagen que da una sociología espontánea (y, por tanto, acientífica) de que el otro es fuente de peligro significa la contradicción radical de la ciudad y la negación de sus oportunidades.

La cultura de la coexistencia de la diversidad es una condición *sine qua non* para que la ciudad de hoy sea también la de mañana.

Cuando se invoca la cultura de una sociedad, se remite demasiado fácilmente a la educación de los contemporáneos y, sobre todo, de las nuevas generaciones. No creo que eso baste. Me parece que la acción debe centrarse en cuatro puntos:

- por una parte, ante la heterogeneidad cultural y social que caracteriza la ciudad, se impone vivamente un esfuerzo de búsqueda filosófica para dar sentido al encuentro de la alteridad y alejar así cualquier riesgo de rechazo o de cierre tan perjudicial como orgulloso;
- por otra parte, hay que concentrar toda la atención necesaria en la expresión política de la sociedad civil y en su papel en la construcción de la urbanidad;
- los responsables de la urbanización deben dar prioridad a la ordenación del espacio público urbano, pues es el espacio en que se tejen gran parte de las redes sociales y políticas;
- por último, hacer la ciudad sostenible es también vivir la ciudad: todos los responsables de la vida social, política y cultural deben estar presentes en ella, vivir en ella, hacerla vivir.

LA COEXISTENCIA SOCIAL Y FUNCIONAL, FUENTE Y EFECTO DEL DESARROLLO

Si la ciudad sostenible depende de la actitud de la población ante la diversidad y la heterogeneidad crecientes de la población en su interior, atravesado y habitado por gentes venidas de fuera o que mantienen rasgos culturales demasiado diferentes de la cultura de la población autóctona, también depende de que sea capaz de dotarse de una base económica fuerte.

Ahora bien, el establecimiento de una economía cada vez más abierta al mundo, legitimada por la Unión Europea o por los acuerdos del GATT, tiene una influencia directa en la base económica de las ciudades. Simplificando, podemos decir que las ciudades que se inscriban directamente en los flujos geográficos del crecimiento experimentarán profundas transformaciones. Me permito volver de nuevo al ejemplo de Bruselas. Se trata, ciertamente, de una ciudad que acoge inversiones considerables, en una medida que haría dichosos a muchos responsables, y, sin embargo, es una ciudad que de año en año pierde calidad de vida, en la que no se ha frenado (aún) el éxodo urbano, en la que el tráfico es demasiado pesado... Cuanto más se desarrolla, más se destruye como espacio rico en polivalencia, lo que ha suscitado las reacciones de los habitantes ya indicadas. La especialización de las producciones en Europa tendrá como consecuencia una especialización de las economías urbanas, que generará situaciones sociales difícilmente controlables por las ciudades. Por otra parte, las ciudades que estén fuera de los flujos de crecimiento sufrirán problemas de todo tipo (desde el desempleo y la exclusión hasta el embotellamiento de las vías públicas, pasando por la contaminación atmosférica y la ruina de barrios enteros...) que las autoridades municipales tendrán grandes dificultades para resolver. En los dos casos (muy bien ilustrados por los trabajos de la Datar (Francia), que han sido recogidos también en investigaciones europeas), un déficit en el fundamento económico de las ciudades ocasionará graves problemas.

¿No deberíamos preocuparnos, pues, por devolver a las ciudades el papel de actores del desarrollo, y no de simples decorados teatrales para la interpretación de los actores económicos? Creo que la ciudad, como autoridad y como espacio, debe convertirse en un actor importante del desarrollo. Si queremos asegurar su futuro, el objetivo debe ser ponerla en estado de producir.

Sólo recogeré aquí uno de los elementos avanzados por Jane Jacobs cuando sitúa a la ciudad en el corazón de la riqueza de las naciones: la facultad de improvisación que debe ofrecer el tejido urbano para que la ciudad sea capaz de "sustituir las importaciones por producciones propias".

Esa facultad de improvisación expresa el dinamismo de la ciudad, un dinamismo que se basa en la apertura a la diversidad. En este ámbito, sabemos que cuentan ante todo -porque se trata de creatividad- las relaciones no formales o los encuentros cara a cara, que sólo pueden multiplicarse en una ciudad diversa, polivalente, que garantice la coexistencia.

Así, la ciudad de la coexistencia atraerá a los actores del desarrollo (puesto que *es en ella donde tiene lugar* - es el efecto), que encontrarán allí las condiciones para desarrollos ulteriores (es la fuente). La ciudad encuentra las condiciones para su desarrollo en la coexistencia.

BIBLIOGRAFÍA

COMISION DE LAS COMUNIDADES EUROPEAS, (1989). *Libro verde sobre el entorno urbano*.

JACOBS, Jane, (1992). *La ville et la richesse des nations*, Editions Boréal.

PAYOT, Daniel, (1993). *Des villes-refuges Témoinage et espacement*, Editions de l'Aube.

TOURAINÉ, Alain, (1994). *Qu'est-ce que la démocratie?* Editions Fayard, Paris.